
Capítulo IX.

Un encuentro inesperado.

Pánfilo de Narvaez salió de Veracruz con su amigo el capitán Salvatierra y algunos soldados, y cumpliendo la palabra que había dado á Hernán Cortés, más que por nada por no presentarse en Santiago de Cuba derrotado y con la herida abierta, que había de ser mientras vivieras testimonio de su derrota, llegó directamente á la Península.

Como era natural, se presentó al consejo de Indias, y desde allí, con arreglo á las instrucciones que le había dado el arzobispo de Burgos, partió á presentarse á él en compañía de Salvatierra.

En aquella ocasión no le acompañaba Iñigo porque había preferido quedarse á las órdenes de Hernán Cortés.

Hallándose los dos viajeros pobres, Salvatierra aconsejaba á Narvaez que se olvidase de las promesas que había hecho á Hernán Cortés, y emplease en su provecho las joyas que aquel le había dado para su esposa.

Pero Narvaez deseaba volver á ver á Catalina, y no escuchaba los consejos de su amigo.

Separáronse entrambos antes de llegar á Valladolid, porque Salvatierra tenía parientes en Medina del Campo, y quiso pasar con ellos algunos días, quedando en volver al encuentro de su compañero.

La noticia de la llegada de Narvaez irritó profundamente al arzobispo de Burgos.

Su arribo implicaba su derrota, y su derrota era la de Velazquez.

Dominó sin embargo, su irritación, y procuró en su entrevista con Narvaez enterarse de la verdadera situación de Hernán Cortés.

Cuando supo que todas las tropas de Narvaez se habían pasado á las filas de Hernán Cortés; cuando se enteró del triunfo que había alcanzado aquel guerrero, llegando hasta Méjico, y apoderándose del emperador de aquel vasto país; cuando comprendió que todos los esfuerzos que hiciera Diego de Velazquez por su parte, y él por la suya, serían inútiles, comprendió que sólo Catalina, impulsada por los celos, podía malograr los triunfos de su enemigo.

Pánfilo de Narvaez no le ocultó que había recibido de Hernán Cortés el encargo de visitar á su esposa.

—Llegais tarde,—le dijo el arzobispo;—hace al-

gunos días que, cansada de esperar noticias de su esposo, ha partido á Santiago de Cuba para informarse de su suerte.

El arzobispo hizo adelantar la salida de una carabela para Santiago de Cuba, y en ella envió al antiguo soldado de Hernan Cortés, su servidor entonces, Antonio de Robles, con un pliego cerrado para Diego de Velazquez.

En él le anunciaba la llegada de Pánfilo de Narvaez, la derrota que habia experimentado; le indicaba sus planes, y le anunciaba que Catalina, la esposa de Hernan Cortés, llegaria en breve á Santiago de Cuba disfrazada de hombre con el nombre de Juan de Torralba, encargándole que enviase una nueva expedicion en busca de Hernan Cortés, y que alistase en ella á su esposa, aseguro de que lo ganaria más de este modo que enviándole un numeroso ejército.

Hecho esto, esperó los sucesos.

Pánfilo de Narvaez, dominado por su orgullo, no quiso pedir al arzobispo su proteccion para que le confriese el rey algun empleo en Madrid, y se retiró con su amigo Salvatierra desesperado de su suerte.

Allí la pobreza le obligó á vender las joyas que le habia confiado Hernan Cortés, proporcionándole recursos para atender durante algun tiempo á sus necesidades.

Los recursos se acabaron; no sabia qué partido tomar, cuando una noche vió salir de la iglesia de Santa María á dos damas encubiertas.

Las dos se quedaron mirándole, y despues de cu-

chichear, se adelantó una que parecia doncella de la otra, y acercándose á él:

—Dios os guarde, capitan Pánfilo de Narvaez,—le dijo.

—¿Quién sois?—preguntó este, asombrado de que pronunciaran su nombre.

—Si deseais saberlo,—añadió la encubierta,—seguidnos, y yo os aseguro que os sorprendereis agradablemente al saber quiénes somos.

Narvaez siguió á las encubiertas, las cuales, por el Pretil de los Consejos, bajaron á la calle de Segovia, y por la plaza de la Paja llegaron á la calle del Almendro; se detuvieron delante de una puerta, y al que habia hablado á Narvaez sacó una llave, abrió y dejando al caballero en un zaguan:

—Aguardad un instante,—le dijo,—que pronto vendré á buscaros.

—Aventura tenemos,—dijo el capitan.

Poco despues bajó con luz la encubierta, conduciendo por una escalera al galan hasta una sala profusamente adornada.

—Aguardad aquí,—le dijo, volviendo á retirarse.

No tardó en sorprenderse Pánfilo de Narvaez.

Se abrió una puerta, y se presentó á sus ojos una dama, a quien conoció enseguida.

—¿Vos aquí, Blanca?—exclamó el capitan, reconociendo á su protectora, á su amiga.

—Yo, sí,—dijo Blanca.—¡Cuanto trabajo me ha costado encontraros!

—¿Aun pensábais en mí?

—¿Podeis dudarlo?

—Mi comportamiento no merecia más que vuestro desden.

—Las mujeres que sufren saben perdonar. Pero no hablemos de esto ahora; hablemos de vos.

—¡En que estado me hallais!—dijo con tristeza Narvaez.

—Sé todo lo que os ha sucedido, y por esta razon os he buscado.

—Sois generosa.

—No hago más que pagar lo que os debo, porque me habeis librado de la desgracia.

Narvaez fijó su mirada sorprendido en Blanca.

—¿Yo?—dijo despues de un momento de pausa.

—Vos, sí, en la época en que nos conocimos estaba yo al borde de un precipicio.

Hubiera llegado á ser la esposa de Diego de Velazquez, y un hombre como él, despues de haberos conocido, me hubiera hecho la más desgraciada de las mujeres.

Apenas partisteis, rompí con él mis relaciones, y viéndome libre y rica, regresé á España con la esperanza de que algun dia volveriais aquí y seriamos amigos.

Ha llegado ese dia ya.

Pánfilo de Narvaez guardó silencio.

—Soy indigno de vuestro aprecio,—dijo despues.—Me presento á vos derrotado, con una marca eterna de mi ignominia, pobre, abandonado, despreciado de todo el mundo.

—Razon de más para que yo me considere dichosa en poder prestaros algun servicio.

Soy viuda, rica, libre: disponed de mi hacienda.

La pobreza hace cambiar de ideas á los hombres, como el viento de direccion á las veletas.

Pánfilo de Narvaez se separó de Blanca.

Al dia siguiente Aldonza, la camarista de Blanca, fué á ver á Pánfilo de Narvaez.

—Vengo sin que lo sepa mi ama,—le dijo.

—¿Con qué objeto?

—Se portó mal conmigo, me abandonó, se pasó á las filas de mi adversario.

—Faiso como todós los hombres,—dijo Aldonza.—¿Cómo ha de ser!

Y se dispuso á partir.

—¡Ah!—exclamó de pronto.—Ya que he venido, quiero demostraros que os estimo, haciéndoos una revelacion.

—¿Cuál?

—Que lo creais ó no, mi ama está enamorada de vos.

—No es posible.

—No ha cesado de recordaros un solo instante, y estoy segura de que si le pedís su mano os la concederá.

Yo, que deseo no apartarme de ella, contraigo méritos cerca de vos, con la única condicion de que algun dia, si sois su esposo; me conserveis á su lado.

—No llegará ese dia.

—Si vos no lo quereis, no; de lo contrario, creo que sí.

Y sin aguardar más respuesta, partió la jóven, dejando abismado en un mar de dudas á Pánfilo de Narvaez.

Un año trascurrió, durante el cual las noticias que se recibieron de Hernan Cortés despertaron en Pánfilo de Narvaez la ambicion de igualarle.

Tentábale por un lado esta ambicion, y por otro los ofrecimientos de Blanca, que con su fortuna podia facilitarle los medios de realizar sus designios.

Al fin y al cabo, pensando en sus dias de siempre, sofocando en su alma el sentimiento que le inspiraba el recuerdo de Catalina, se unió con Blanca, y desde entonces participó de su fortuna.

Los dos no tardaron en adquirir influencia cerca de los personajes á quienes más favorecia el monarca, y Pánfilo de Narvaez, olvidándose de su derrota, sólo buscó desde entonces el medio de borrar sus desgracias con el triunfo.

Ya volveremos á encontrarle, como á Catalina y á algunos otros personajes de esta historia.

Trasladémonos ahora á la imperial ciudad de Méjico, para conocer las causas que habian obligado á Marina á reclamar la presencia de Hernan Cortés y de sus tropas.

Capitulo X.

Lo que inspira la desesperacion.

Al ofrecer Motezuma á Hernan Cortés no abandonar el cuartel de los españoles y velar por la seguridad de los que allí quedaban representándole, si bien es verdad que temia las consecuencias de aquel combate en que iba á verse empeñado su huésped y amigo, por lo que le habian hecho creer, tambien era cierto que en el fondo de su alma se despertaba un deseo vehemente de sacudir el yugo que le oprimia.

—Es cierto,—se decia,—que he dado mi palabra de no abandonar este asilo; que si lo abandono, y Hernan Cortés vuelve triunfante, tendrá derecho para exigirme responsabilidad por haber faltado á mi palabra; que si es vencido, y su adversario llega hasta aquí con mayor número de tropas, me tratará con ménos consideracion.

Pero si yo, entre tanto, pudiera recuperar el prestigio que tenia entre mis vasallos, reunir mis tropas y defender mi territorio, ¿no cumpliria con mi deber de soberano?

¿Por ventura los dioses no se habrán apiadado ya?

¿No he hecho cuantos sacrificios he podido para alejar su enojo?

Tales eran los pensamientos que animaban al emperador de Méjico al saber que partia hácia Zempoala Hernan Cortés.

Acaso hubiera intentado realizar aquellos deseos, si Marina, atenta siempre á conservar los triunfos alcanzados por su amante, no hubiera aprovechado todos los momentos oportunos para hacer compañía á Motezuma, fingiéndose más interesada por su bien que por el de los españoles sus protectores.

Cuando Marina penetraba en el aposento de Motezuma y le pintaba las grandezas de la nacion de los españoles; cuando le recordaba el carácter enérgico, el corazon generoso, las proezas que habia llevado á cabo Hernan Cortés, se sentia el monarca subyugado por la joven india, y renunciaba á su propositos.

Pero si él podia conformarse con su suerte, y olvidando su grandeza, se resignaba á ser en su propia nacion prisionero de unos extranjeros, no sucedia lo mismo á sus vasallos, que estaban indignados al ver cuanto se prolongaba la estancia de los españoles en su territorio.

En las conversaciones se notaba el espíritu que dominaba por entonces.

—¿No vinieron,—decian,—á traer una embajada al emperador de parte de su rey? Pues si eso es cierto si han sido recibidos con tantos honores, ¿por qué no se alejan?

—Y si se marcha el jefe de los extranjeros con parte de sus tropas, ¿por qué deja aquí á algunos de sus soldados?

No podian explicarse este problema.

Es verdad que Ilbialbi habia hecho circular la voz de que un numeroso ejército de los españoles iba á llegar á Méjico para castigar al emperador y á los mejicanos por haberse negado al principio á recibir á los extranjeros.

Pero si Hernan Cortés salia á disipar la creencia que habia obligado al rey de los españoles á enviar aquellas fuerzas contra los mejicanos, si estaba satisfecho de la acogida que le habian dispensado, ¿por qué quedaba en su poder Motezuma?

Es muy doloroso para un pueblo que tiene amor á su independencia, que un puñado de extranjeros pueda dominar á su rey; y la certeza, y la seguridad de un hecho de esta especie, alarma á los más pacíficos.

Los mejicanos, pues, no estaban conformes con que los españoles residiesen todavia en la ciudad, y ménos con que Motezuma se obstinase en permanecer á su lado.

Fomentaban el disgusto general los teopixques ó sacerdotes, que estaban insignados al ver que el mismo emperador les habia prohibido los sacrificios humanos en las festividades religiosas.

Aquello era un atentado á su religion.

Por otra parte, no podian consentir que en la misma ciudad donde se rendia culto á sus idolos se hubiese destinado un templo para la adoracion de los idolos de los españoles.

Viendo los sacerdotes que la debilidad que se habia apoderado del monarca le incapacitaba para seguir rigiendo los destinos del país, fijaron desde luego sus ojos en el que debia ser su inmediato heredero, y procuraron á toda costa, primero deshacerse de los españoles, despues llevar á cabo sus intrigas para acabar de una vez con aquel soberano, que tan indignamente abandonaba su pueblo.

Aherrojado Cacumatein y odiado por todos á causa de su carácter indómito, siendo en extremo jóvenes los hijos de Motezuma, natural era que heredara el trono el príncipe de Iztacpalapa, primer elector del imperio, y unidos por los vínculos de la familia con el emperador.

Convenia á los sacerdotes aquel monarca, porque habia dado pruebas de una gran debilidad de carácter, porqué estaban seguros de que los que influyeran en su ánimo serian los soberanos del país.

Guacolando, el ministro favorito de Motezuma, que hasta entonces le habia sido fiel, viendo eclipsarse por momentos la estrella de su protector, entró en negociaciones con el príncipe de Iztacpalapa.

En tanto que los teopixques fomentaban en los mejicanos el ódio hácia los españoles, Guacolando y el príncipe de Iztacpalapa buscaban los medios de

resolver el problema objecto de todos sus deseos.

—¡Qué tristes dias han sucedido á aquellos venturosos, en los que el imperio de Méjico era la admiracion y la envidia de todos cuantos tenian noticia de él!—exclamaba Guacolando en presencia de Quetzilahuaca.

—Motezuma,—respondia este,—no debió nunca consentir que los extranjeros pusieran aquí su planta.

—Bien sabeis que hizo los mayores esfuerzos para impedirlo; pero consultó á los oráculos, y los oráculos declararon que necesitaba expiar sus culpas.

—¿Y es justo que sufra un pueblo las consecuencias de las faltas de su monarca?

—No es justo.

—Y sin embargo Méjico las sufre. Los españoles han entrado en la ciudad, y diga lo que quiera Motezuma, se han apoderado de él, porque no se concibe que por su propia voluntad viva un rey alejado de su pueblo.

—Ya veis ahora lo que pasa,—repuso Guacolando.

Hernan Cortés ha partido.

Un insignificante número de españoles defienden la morada que con tanta largueza les cedió para habitar en ella nuestro emperador.

Y sin embargo, cuando Hernan Cortés estaba aquí, Motezuma salia á los templos, recibia á sus amigos, á sus consejeros.

Y ahora, ahora, vive encerrado, no sale nunca del cuartel de los españoles, y hasta la misma empera-

triz se queja del desvío con que la trata, no permitiéndola sino de tarde en tarde que vaya á verle y que lleve á sus hijos.

—Los españoles le han hechizado.

—¿Y es posible que pueda consentir un pueblo que dirija sus destinos un hombre que se halla bajo la influencia de sus adversarios?—exclamó el príncipe de Iztacpalapa.

—Los mejicanos están indignados de su conducta. Dentro de poco será difícil contenerlos.

Creedme, príncipe de Iztacpalapa, el trono os pertenece de derecho.

Es necesario aprovechar la ocasion en que el jefe de los extranjeros esté fuera, para exigir de Motezuma que abdique en vos todos sus derechos.

—No soy ambicioso; puedo esperar con calma á que llegue un dia en que el pueblo ciña á mis sienes la corona, y aunque conozco que necesita pronto un nuevo soberano, no seré yo quien conspire contra Motezuma.

—Sois bueno, sois leal.

—Cumpló con los deberes que me impone mi corazon y los lazos que me ligan con el monarca,—repuso el príncipe.

—Pues así no es posible vivir: hay que buscar un medio.

El pueblo pedirá mañana que el emperador abandone su prision y se traslade á su palacio á gobernar como gobernaba hasta que llegaron los españoles.

—¿Creeis que lo pedirá?

—Estoy seguro de ello.

—Pues bien,—dijo el príncipe;—en ese caso, lo que procede es que vayais á ver á Motezuma, que le pinteis la situacion de sus vasallos, la ansiedad que experimenta su alma por ver otra vez libre y grande á su rey.

Si esto le mueve á romper las cadenas que le sujetan, si se libra, siquiera sea por un momento de la fascinacion de esos hombres, todo se habrá salvado.

Guacolando comprendió que en efecto debia dar aquel paso antes de tomar una resolucion extrema, y al dia siguiente fué á ver á Motezuma.